

Como vemos, estos ensayos recogidos con cariñoso esmero por García Blanco nos irán ayudando a tener una visión más completa del rector salmantino. Esperamos con verdadera impaciencia los tomos siguientes.

Armando Zubizarreta G.

SERRANO PONCELA S.. *El pensamiento de Unamuno*. México, FCE, p. 1953. 265 págs.

La colección Breviarios del FCE nos ofrece uno de los más sesudos trabajos que sobre la principal figura del 98 se ha escrito en los últimos tiempos. Visión cordial y comprensiva, con verdadero espíritu científico y alejada de la tentación de la diatriba política o religiosa. No es una reseña la que podría darnos lugar para un análisis minucioso del libro, ni para una fructífera discusión con el autor. Exige la obra una meditación constante sobre sus afirmaciones, recogiendo sus esquemas o rectificándolos, pero siempre aprovechando una visión erudita, sistemática y fiel, en cuanto es posible serlo, al personaje estudiado.

En el primer capítulo: *El hombre y su mundo*, describe la infancia de Unamuno, sus años de instituto, de universidad, de docencia universitaria, su vida de lecturas y su vida política. Ofrece detalles interesantes como aquel de que Unamuno fuera "el narrador" entre sus compañeros de colegio, o acontecimientos reconocidos ya por la crítica como de gran importancia: el "sitio" de Bilbao y su destierro. Se refiere a la circunstancia generacional, habla de las ciudades en que se desarrolló su vida: Bilbao, tierra natal, Madrid, capital cosmopolita, Salamanca, piedra y pensamiento. Alude a múltiples polémicas y a las relaciones con Ortega. Aprovecha S. P. dos autorretratos de Unamuno en dos épocas distintas de su vida, y lamenta la falta de publicación de epistolares inéditos que permitirían una "biografía espiritual" (p. 15).

Serrano Poncela incurre en juicios quizás apresurados, como el que hace sobre *Recuerdos de niñez y mocedad*, juicio que después generaliza refiriéndola al carácter español en la nota de la página 11. Lo autobiográfico reboza en Unamuno tanto como en cualquier español a través de toda la obra. No hay que desconcertarse, pues, por un título que, pese a prometer *memorias*, no las ofrece. S. P. considera que el *Cancionero*, entonces inédito, contiene la mejor poesía que se ha escrito en España durante el último medio siglo (p. 25). No negamos el valor de la poesía de Unamuno bastante reconocido ya por sus contemporáneos y por la crítica, pero un juicio tan exaltado nos parece desmesurado. Hace referencia también al *castellano aprendido* de Unamuno (p. 34), incurriendo en un lamentable error. De otro lado, deja algunas lagunas: en el vasto panorama de las lecturas de Unamuno, no siempre abarcado íntegramente, olvida, entre otras, las lecturas bíblicas.

Documentación abundante, ensayo de dar un panorama completo, juicios valiosos encontramos en este capítulo. Hay que destacar que señala con toda precisión las relaciones entre el pensamiento de Ortega y el de Unamuno que

Julián Marías desatendía. "El gran tema orteguiano de la circunstancia o del contorno fué también una vivencia en Unamuno" (p. 28) "... las concomitancias entre el pensamiento de Ortega y Unamuno son esenciales" advierte más adelante (p. 51).

En el capítulo II (**Formas de expresión y método de pensamiento**) nos habla de la paradoja **ideoclasta**, de la búsqueda por comunicar el **logos**, del **viparismo** como expresión espontánea, del monólogo permanente que es un verdadero diálogo, de la búsqueda del prójimo como **espíritu oyente**. Que Poesía y Filosofía se hermanan en Unamuno y que andaba el género novelístico, la **nivola**, como método de conocimiento, lo reconoce S. P. como lo ha hecho siempre la crítica. Alude finalmente al teatro de Unamuno como teatro de ideas y escuela de costumbres. Coincide con la crítica en general al advertir la poca importancia que al **mundo circundante** de los personajes concede la novela unamuniana. Esta **despreocupación** por el **espacio** merece una meditación más profunda a partir del interés que Unamuno puede tener por mostrar a sus **personajes** haciéndose con los elementos que toman, y nada más que con ellos, de todos los que les ofrece la realidad. El capítulo II nos hace ver claramente la lucha de Unamuno por comunicar su virginal y profunda intuición de la realidad.

En **Caracteres e influencia de su pensamiento filosófico** (cap. III), de acuerdo con la crítica seria, S. P. recoge la validez de las intuiciones unamunianas, el valor de su problemática, su patética revelación de la realidad. Expone la filosofía vital de Don Miguel, nacida de la necesidad de formarse una concepción total del mundo y la vida, y un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Analiza la filosofía del "hombre de carne y hueso". Luego, hace una relación de los "hombres filosofantes" que excitan el pensar de Unamuno y hace apartes especiales para los **hermanos Pascal** y **Kierkegaard**, como también para **William James** y **Carlyle**.

Pese a su intención de organizar en este capítulo las afinidades y los caracteres del pensamiento de Unamuno, no logra hacer una presentación viva del pensar unamuniano. Nos entrega los ingredientes, pero no su real peculiaridad. Recogiendo las opiniones de Araguren (**Sobre el talante religioso de M. de Unamuno**, *Arbor*, dic. 1948), señala que Dios cuenta para Kierkegaard mucho más que para Unamuno. Luego observa que su "desesperación" no es católica y que su fe es, en cierta manera, luterana, según confesaba alguna vez el propio D. Miguel. Estas afirmaciones deben ser revisadas con provecho. Poco se entendería de Unamuno si no advirtiéramos su profunda raíz de experiencia religiosa; y encasillar la fe bajo los moldes de la calma mediocre nos alejaría de una verdadera comprensión de la aventura humana y de la fe como virtud sobrenatural gratuita que nos facilita el ejercicio.

Bajo el título **La filosofía de la existencia** (cap. IV), intenta deslindar los caracteres existenciales del pensar unamuniano. Analiza la conciencia de la existencia que tiene el autor y el abondar perenne que ensaya. Recoge sus resultados: la existencia del ser, su afán de perdurar y la imposibilidad de concebir la muerte existencial. Nos habla S. P. de la contingencia y la gra-

tuidad del existir en Unamuno. Analiza su sentimiento de la temporalidad, su **meditatio mortis** y las experiencias poéticas de la muerte y la novela unamuniana como método para desvelar el último trance.

En la página 104, S. P. afirma que Augusto Pérez (Niebla) "está desprovisto de dramática rebeldía", sin atender a todos los planos de la novela. Considera la intra-historia como una concepción meramente temporal y el ansia de inmortalidad como "el resultado de una preocupación temporal" (p. 108). La vida sin plan trascendente que cree advertir en Unamuno, su cita del artículo ¡Adentro!, sus consideraciones sobre la intra-historia y sobre el ansia de inmortalidad creo que están necesitadas de un más amplio enfoque que comprenda mejor las íntimas preocupaciones de Unamuno.

En el capítulo V (**La "meditatio mortis" y la inmortalidad del alma**) analiza la inmortalidad del alma "como única posibilidad de trascendencia existencial". El punto de partida que Unamuno toma es la **Ethica** de Spinoza. Expone S. P. el hambre de inmortalidad y la conciencia agónica que lucha entre la razón y el sentimiento, considerando como puerta de salida ontológica el amor.

En el capítulo VI, analiza el tema de Dios, el Dios creado y el Dios dudado, la religión creada y la agonía del cristiano. Fija su atención sobre el gran símbolo unamuniano: Cristo. Hace apartes para los cristos de Cabrera, de la Colegiata, el yacente de Santa Clara y el de Velásquez. "Quizá podríamos decir —aventura S. P.— que el cristianismo es para Unamuno, más que una creencia, un método cordial para universalizar su sentimiento trágico de la vida" (p. 157). Olvida al hacer este juicio la crisis religiosa de Unamuno, y la cultura medieval que, tan viva en España, en Unamuno tiene gran importancia. **Mi querida Edad Media**, decía don Miguel. Su cristianismo, pues, hay que valorarlo con un criterio más cuidadoso.

En **El tema del otro. La condición humana** (cap. VII) estudia primero, S. P. el tema de la soledad en Unamuno, luego las formas de comunicación y hace, después, un análisis de sus principales novelas. Finalmente examina lo que significaba la mujer para Unamuno. En este capítulo parece hacer falta un estudio completo de cada novela, por lo que, a veces, se deja llevar por juicios prematuros de la crítica a mano. S. P. considera como un reducir al absurdo la arquitectura del universo la entrevista entre Augusto Pérez y su creador. Disentimos del juicio. En ese pasaje, Unamuno está planteando un problema sobre el que medita en diversas oportunidades. Hace falta también analizar bajo la luz de múltiples enfoques el tema Aldonza-Dulcinea.

En los capítulos VIII (**Historia e intra-historia...**) y IX (**Castilla: la casta castellana**), nos entrega la visión que Unamuno tenía de España, de su historia y del ser español. Lamentamos que S. P. haga una comparación entre el estudio de A. Castro y el de Unamuno para afirmar que el de este último resulta "casi trivial" (p. 231). Diferentes preocupaciones, enfoques diversos y épocas distintas impiden la comparación estricta. Y en todo caso, es valiosísima, aún como antecedente de la visión de Castro, no sólo su interpretación histórica, sino toda la actitud, vida y obra de Don Miguel.

Finalmente, en **El Quijotismo como filosofía de la vida** (cap. X) estudia esta *weltanschauung* unamuniana que parte de un personaje de ficción. Nos presenta como "moral ecléctica" la del quijotismo y como no cristiano al caballero medieval (p. 258). Como el **superhombre** se hallaría, algunas veces, más allá del bien y del mal. Esta última afirmación no nos convence, pues, antes habría que pensar en la doctrina de San Pablo. En general, la visión que del quijotismo tiene S. P. creo que peca de un error ya apuntado: nos ofrece los ingredientes de donde es fácil hablar de un eclecticismo, olvida la íntima y original actitud que Unamuno descubre en Don Quijote.

He pretendido en esta reseña dar cuenta del trabajo de S. P. insinuando algunos desacuerdos que ahora me permiten una crítica del enfoque mismo. Si bien el panorama ofrecido es vasto, no deja de ser incompleto. Sería conveniente ampliar el aspecto literario y todo lo relacionado con este terreno por cuanto en Unamuno constituye sólo un medio de expresión de su pensamiento y, a veces, un modo de pensar. Falta también señalar y estudiar la tradición bíblica, la medieval y la española. También hace falta situarlo dentro de la tradición de los temas de la literatura española, pues, su "heterodoxia" no significa desarraigo total, menos, si se considera que no existe **tradición única** en España.

En segundo lugar, necesitamos un mejor aprovechamiento de todo cuanto sea "significativo" dentro del vasto material que poseemos y podemos recoger, para develar el secreto del intenso quehacer de Unamuno. A hombre que vivió tan intensamente, y con tanta conciencia crítica no se le puede reconstruir a fuerza de "acumulaciones" intrascendentes, de datos bibliográficos y hechos vitales, sino de valoraciones jerarquizadas desde dentro.

Si bien S. P. sistematiza admirablemente el pensamiento de Unamuno, necesitamos un enfoque que nos presente a Unamuno en el acto mismo de su pensar original, que va aprovechando dialécticamente las "experiencias" de sus **hermanos** y las propias, tanto como las ideas de los demás, para traducir su intuición patética de la realidad. Un enfoque que de ninguna manera abstraiga las circunstancias condicionantes de su pensamiento. Por razones de temperamento, no se puede desligar en Unamuno la circunstancia y el pensamiento. Esta es la única manera de no traicionarlo. Un enfoque que nos entregue a Unamuno desde dentro, para reconocer quién es él y cuál es su pensamiento vivo. Cuando hablo de **pensamiento vivo** y de **dentro** me refiero a una "toma de posición y posesión interior" con la que el crítico debe acercarse a Don Miguel.

De esta manera sería fácil enlazar su pensamiento filosófico sobre la existencia con su afirmación de la inmortalidad y su concepción de Dios, gracias a la fuerza dialéctica de sus propios pasos, sin encontrar una especie de desajuste que la exposición fría y sistemática nos entrega. Lo religioso como dimensión humana que adquiere importancia radical en esta nueva revelación de la realidad que hace Unamuno, sería también un documento de importancia para la historia religiosa de la humanidad.

Armando Zubizarreta G.